



EL MEJOR SERVICIO QUE LOS RELIGIOSOS PUEDEN PRESTAR HOY

Pedro Arrupe, S.J.

Conferencia dada en el Congreso Interamericano de Religiosos (Montreal, 1977)

Poder hablaros en esta ocasión, es un privilegio que os agradezco muy cordialmente. Lo primero será traer os el afectuoso saludo de las dos Uniones de Religiosos (USG y UISG) y testimoniaros nuestro agradecimiento y admiración por vuestros constantes esfuerzos en pro de la renovación y fomento de la vida religiosa. Muchas gracias.

El tema de vuestro congreso es «El futuro de la vida religiosa que construimos juntos para el mañana». Yo quisiera contribuir a su estudio compartiendo con vosotros mis reflexiones sobre una cuestión previa a esa visión del futuro, y que, en gran medida, puede condicionarlo: **¿CUÁL ES EL MEJOR SERVICIO QUE LOS RELIGIOSOS PUEDEN PRESTAR HOY A LA HUMANIDAD Y A LA IGLESIA?**

Partamos de la idea que la vida religiosa tiene sentido en cuanto es un servicio a la Iglesia y a la humanidad, y tiene futuro en cuanto puede seguir prestando válidamente ese servicio. El Instituto Religioso de hombres o mujeres que se reconociese o fuese declarado incapaz de ese servicio, sería desde ese momento «la higuera sin fruto», sin derecho a un lugar al sol, y que debe ser removida (1).

¿Cuál es ese servicio que hoy debe prestar la vida religiosa? El acento está en el «hoy», porque el «hoy» es el primer pedazo del futuro. El mundo cambia, y cambia también el servicio concreto que espera de nosotros. El servicio que puede pres-

tar cada Instituto Religioso, de hombres o de mujeres, es diferente porque los carismas fundacionales son diferentes. Y es evolutivo si quiere conservar su eficacia en ese fluido «aquí y ahora».

Pero, ¿no habrá un denominador común, constante y necesario para todos los Institutos Religiosos? Sí, lo hay, puesto que la vida religiosa —cualquiera que sea la modalidad adoptada por cada Instituto— es el Evangelio traducido a vida, la imitación de Cristo. Y de esa aspiración fundamental común a todos —seguimiento de Cristo— nace la común preocupación por ofrecer el mejor servicio a Cristo en el futuro, que es el tema de vuestro Congreso, y la necesidad de saber previamente qué urgente servicio exige hoy de nosotros la novedad del Evangelio. De las respuestas que nos demos depende el futuro. Mejor: en su seno se ha engendrado ya el futuro.

LA NOVEDAD DEL EVANGELIO

La novedad del Evangelio está en su ley fundamental: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo, porque en ese solo precepto alcanza la ley su plenitud» (2). Y «como Yo os he amado, así debéis amaros entre vosotros» (3). Ese «como Yo», es la verdadera característica: «En eso se notará que sois discípulos míos» (4). Y ese amor incondicional a Dios y a los hermanos es servicio, como el de Cristo, hasta la muer-

(1) Mt 21, 18-20.

(2) Gal 5, 14.

(3) Jn 13, 34.

(4) Ibid.

le (5), no aspirando a ser servido sino a servir (6), ni limitándonos a dar nuestras cosas sino dándonos a nosotros mismos, despojándonos de todo egoísmo, como Cristo que «tomó condición de siervo» (7)

Esta novedad del Evangelio es un ideario de vida para todo cristiano. Lo que a un cristiano hace dar el salto cualitativo y convertirse en religioso es la insuperable radicalidad en ese amor y ese servicio, sancionada por una profesión de vida así públicamente ofrecida a Dios y a la Iglesia (8).

En otras palabras, la vocación del elegido por Cristo («no me elegisteis vosotros, fui Yo quien os eligió») (9), es «no solamente anunciar a Cristo o predicarle, sino implantar la economía evangélica, hacer que los hombres se amen entre sí como Cristo nos ha amado y que tomen conciencia de que este amor les es dado gratuitamente por otro. Un Otro que les ha amado hasta querer comunicarles su propio amor muriendo y resucitando por ellos y haciéndose su alimento en la Eucaristía. Así se llega a la madurez cristiana (10).

SERVICIO AL MUNDO DE HOY

a. Datos sobre el mundo de hoy

Todos conocemos las pasmosas conquistas de la actual civilización: materiales, científicas, tecnológicas, y también en el campo religioso, humanitario, ético. Y, sin embargo, nuestro mundo está amenazado por dos espectros gemelos: la pobreza y la guerra. No se puede descartar la guerra si antes no se ha proscrito el hambre, la malnutrición, la carencia de cultura que proceden en parte de una intolerable injusticia y opresión. Dentro de 30 años, cuando los habitantes del globo lleguen a 6.000 millones, ¿cómo van a tolerar 5.000 millones verse privados de sus derechos naturales, especialmente cuando el número de potencias nucleares habrá crecido en cuantía no determinable? El año 2000 la

situación, de no rectificarse la tendencia actual, será peor: los ricos se habrán enriquecido más, y los pobres serán más pobres. La diferencia numérica entre unos y otros y la diferencia cualitativa de sus niveles de vida se habrán agigantado: ¿cuánto puede prolongarse este proceso?

b. Posición del hombre

Hoy es ya evidente que el hombre podría hacer que este mundo fuese más justo, pero no quiere. Las desigualdades e injusticias no pueden ya seguirse considerando como resultado de cierta fatalidad natural: son obra del hombre y de su egoísmo.

¿De quién es ese egoísmo? Sería muy cómodo y tranquilizador colgar la responsabilidad de esa injusticia estructurada e institucionalizada a anónimas y siniestras corporaciones multinacionales, o a uno o dos de los colosos industriales o potencias políticas. Si esas corporaciones o estados existen es porque, entre otros, los cristianos son sus fundadores, promotores o sumisos clientes. Muchos gobiernos son lo que son: insensibles a la fraternidad e incapaces de tener a raya las causas o agentes de la injusticia, porque sus ciudadanos no se avienen a sacrificarse, a no odiarse, a renunciar a sus ansias de tener siempre más, a reducir su tren de vida, para que pueda ser mitigada la pobreza que azota a la inmensa mayoría de la humanidad. Y, girando la antena a otros sectores del mundo, porque no se busca una solución alternativa a la guerrilla o la violencia, en la reivindicación de los justos derechos.

c. «Homo consumens»

Una ingente proporción de hombres y mujeres de los países abastecidos en abundancia, parecen haber cambiado la especie «homo sapiens» en «homo consumens». Desde la infancia se nos viene modelando como consumidores, a manos de una publicidad que es ya como el aire que respiramos. Una vez formado ese «homo consumens», él y ella, influyen a su vez en la economía creando y justificando necesidades cada vez mayores: lo superfluo se torna conveniente, lo conveniente se hace ne-

(5) Jn 15, 13.

(6) Mt 20, 28.

(7) Fil 2, 7.

(8) LG 44ss. PC 1 2.

(9) Jn 15, 16.

(10) ¿Presb Ord 67.

cesario, lo necesario se convierte en indispensable (11).

La propaganda está perfectamente estudiada para pasar del nivel racional y consciente al inconsciente con tan decisivo influjo en nuestra psicología y nuestras decisiones, que algunos se han llegado a preguntar si realmente nos queda libertad para comportarnos de modo diverso.

d. Sociedad de consumo

No se contentan con modelar la persona del consumidor. Llegan también a crear la «sociedad de consumo», con valores, actitudes y leyes propias, con manifiesta conciencia de superioridad de clase. En esa sociedad, «libertad» quiere decir: uso ilimitado de bienes, servicios, dinero. «Desarrollo» significa: tener más, industrialización, urbanización, aumento de ingresos per cápita. La «información», según ese esquema, es libre cuando viene de determinada dirección y empuja hacia determinadas metas. El fin de todo ello es abrir o ampliar mercados, aumentar los beneficios, y, para eso, convertir la «global village» en «business-town». El centro: mí «yo». Los demás hombres, «cosas» para mí. El motivo: ganancias. La ley moral: la eficacia. Medios: todos los eficaces, caiga quien caiga.

e. Juventud y sociedad de consumo

La juventud, por intuición, se ha rebelado contra ese estado de cosas, rechazando la sociedad de consumo. Por todas partes surgen grupos juveniles que rompen con la cultura del entorno y adoptan un estilo sencillo de vida. No aceptan más discriminación que la que impone la diversidad de servicios requeridos por la comunidad. Ponen en común todos sus bienes. Es una abierta ruptura con la sociedad de consumo y, más allá del capitalismo, luchan contra la sociedad industrial e invierten radicalmente la lógica de la abundancia, incluso en su versión colectivista. Los jóvenes, sin negar el conflicto entre las clases sociales y el conflicto entre las naciones, intuyen y denuncian un abuso más radical

y profundo: el del hombre sobre la naturaleza.

f. Cómo construir una «sociedad de lo suficiente»

De lo dicho se desprende que la frugalidad o austeridad de vida aparece como absolutamente necesaria para la supervivencia material y social del género humano. Incluso los líderes de partidos materialistas-marxistas lo reconocen así:

«La austeridad no es un mero instrumento de política coyuntural para resolver dificultades pasajeras: es el medio de llegar a la raíz —y poder cimentar la sólida reedificación— de un sistema que padece crisis estructural, de fondo, y no solamente coyuntural. Un sistema cuya marca distintiva es el despilfarro, el derroche, el consumismo más desenfrenado. La austeridad aporta un nuevo cuadro de valores: rigor, eficacia, seriedad, justicia... Una política de austeridad, de rigor, de guerra al derroche, es una necesidad inexcusable para todos y la palanca con que hemos de impulsar la gran lucha por la transformación general de la sociedad o de las ideas sobre las que está edificada esa sociedad».

¡Cuánto más pudiera decir quien analiza con criterios y medidas evangélicas la sociedad actual! Todos admiten la necesidad de hacer algo eficaz, cosa que no podrá hacerse sin grandes sacrificios. Pero, ¿quién está dispuesto a hacerlos? Nadie hace nada, porque no se tiene una motivación suficientemente fuerte y persuasiva, a la altura del sacrificio que exige hacerse más frugal. El pobre dice: «¡que empiecen los ricos, demasiada frugalidad me ha tocado hasta ahora!». El rico dice: «¿por qué he de sacrificar yo lo que legítimamente tengo? No conduce a nada si no lo hacen los demás. ¡Que ellos empiecen, y veremos!». Y así, nadie hace nada.

Así como para crear la «sociedad de consumo» se comienza creando y educando al «homo consumens», su elemento base, de la misma manera, para crear una sociedad justa y equilibrada, con posibilidades de pervivencia, hemos de comenzar creando el «homo serviens» (12) que s...

(11) Erich Fromm: The psychological aspects of guaranteed income. Doubled Day, New York.

(12) Fil 2, 7. cfr Mt 20, 28

sienta hermano de los demás y solidario de todos. Al «homo consumens», egocéntrico, egoísta, más obsesionado por el «tener» que por el «ser», esclavo de las necesidades que él mismo se crea, insatisfecho y envidioso, y cuyo único principio moral es acumular beneficios, se opone el «homo serviens» que no aspira a tener más, sino a ser mejor, a desarrollar su capacidad de servicio a los demás en solidaridad, con un moderado concepto de lo que es «suficiente». Nuestra primera obligación, como religiosos, será hacernos «hombres sirvientes» que viven con lo suficiente.

Urgencia de una solución

La universalidad de esta malformación mental y social, la profundidad y complejidad de sus implicaciones, y la gravedad de sus efectos, han convertido a este problema en el número uno en importancia y urgencia, y debemos sentirlo en carne viva todos y cada uno de los aquí presentes. «Hay que darse prisa», gritaba el Santo Padre, «Hay situaciones cuya injusticia clama al cielo» (13). «Las esperanzas y los gozos, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo» (14).

El mismo Santo Padre, hablando a los religiosos, dice: «Más acuciante que nunca, vosotros oís alzarse el «grito de los pobres» desde el fondo de su indigencia personal y miseria colectiva... Ese grito os obliga a despertar las conciencias... induce a algunos de vosotros a unirse a los pobres en su condición, a compartir sus ansias punzantes. Os impone un uso en los bienes que se limite a cuanto se requiere para el cumplimiento de las funciones a las cuales estáis llamados. Es necesario que hagáis patente en vuestra vida cotidiana las pruebas, incluso externas, de auténtica pobreza (15). «Las necesidades del mundo de hoy, si las sentís en íntima unión con Cristo, hacen más urgente y más profunda vuestra pobreza». Si os es necesario, evidentemente, tener en cuenta el ambiente

humano en que vivís para adaptar a él vuestro estilo de vida, vuestra pobreza no podrá ser pura y simplemente una conformidad con las costumbres de tal ambiente. Su valor de testimonio le vendrá de una generosa respuesta a la exigencia evangélica en la fidelidad total a vuestra vocación, y no solamente de una preocupación por aparecer pobres (16).

A ese «grito de los pobres» se une, en el corazón de los religiosos, el eco del «sí incondicional dado personalmente a Cristo cuando aceptamos su invitación «vende cuanto tienes, dáselo a los pobres, y ven y sígueme» (17).

Esa responsabilidad y necesidad de acción, ¿significa que hemos de ir a las barricadas, a la revolución? No. Ni siquiera comporta preferencias por una forma de apostolado. Cada Instituto tiene sus formas propias y sus prioridades. Pero a todos se nos llama a una solidaridad —no sólo afectiva, sino también efectiva— con los pobres. ¡Deberíamos renunciar a tantas cosas que nos parecen necesarias! La credibilidad del Evangelio y de la Iglesia nos la jugamos en esta solidaridad, frugalidad y auténtica pobreza (18). El Concilio nos dice: «Es necesario que los religiosos sean pobres de hecho y de espíritu» (19).

Es necesario que esta frugalidad y desprendimiento se extienda también a nuestros medios de evangelización, no dejándonos arrastrar por el señuelo de la eficacia garantizando que nuestros medios no sean más que eso, puros medios, justificados, por un fin proporcionado, y de los que aplicando el principio ignaciano del «tanto cuanto» nos serviremos, en cuanto a su uso y aun su propiedad, sólo en la medida en que son auténticamente indispensables para la extensión del reino de Cristo y sin que personalmente nos lucremos en nada que pudiera empañar nuestro desprendimiento.

Pero basta de argumentos. Lo que necesitamos es reflexión y, sobre todo, ejecución, acción. Si a este desafío no damos una respuesta radicalmente evangélica, la

(13) Pop. Progr. 20, 30

(14) Gaud et Spes 1.

(15) Ev. Testif. 17, 18

(16) Ev. Testif. 22.

(17) Mt 19, 21.

(18) Justicia en el mundo. Sinodo 1971, parte

(19) Perf. Car 13

vida religiosa pierde su razón de sobrevivir. Pero si a este desafío se responde con la profundidad y energía que Cristo y los candidatos válidos a la vida religiosa esperan, se producirá un exuberante crecimiento y florecimiento.

Creo que ha llegado el momento de hacernos estas preguntas:

— ¿Qué significa para mí la pobreza religiosa?

— ¿Qué siento cuando en íntimo colloquio con Cristo pobre miro todo lo que poseo y uso? ¿Cuántas cosas innecesarias tengo?

— Cuando digo que quiero privarme de algo para ayudar a los pobres, ¿de qué me desprendo? Y no vale decir que es un acto simbólico. No estamos ya para simbolismos a estas alturas, sino para actos reales y eficaces que valgan lo que pregonan. Recordemos aquello de Santiago: «Si no les dais lo necesario para vivir, ¿de qué les valen nuestras palabras de aliento?» (20).

Esta «conversión a la frugalidad» exige que previamente retornemos a los fundamentos mismos de nuestra espiritualidad. Sólo allí nos proveeremos de la energía espiritual indispensable para sentirnos inspirados, lanzados y vigorizados por la fuerza del Espíritu. El es el único capaz de sacarnos victoriosos del choque frontal con las fuerzas del egoísmo organizado en una red de poder que aprisiona al mundo entero y a nosotros mismos.

El mundo necesita un testimonio tan patente e inconfundible que le produzca la sacudida de un «shock» y le fuerce a abrir los ojos a la realidad de su problema y de su única solución. Esto no lo conseguiremos con declaraciones y palabras que se lleva el viento, ni con equívocos de los que ya está sobrado y harto el mundo. Hacen falta testimonios tan claros y contundentes que sea imposible el que pasen inadvertidos y dejen bien patente la exclusividad del mensaje a través de una vida solamente posible con la fuerza de Cristo, único salvador e hijo único de Dios.

* * *

(20) Jc 2, 16.

Este Congreso Panamericano de Religiosos es un lugar privilegiado para reflexionar delante de Dios sobre este punto en que todos deseen ayudar y ser ayudados por todos en base a unos principios evangélicos comunes y unánimemente aceptados:

— que todos somos hijos de Dios (21). El hombre, respecto a los bienes de que dispone, no es dueño sino administrador, y habrá de rendir cuentas al Señor de todo y de todos (22).

— que debemos amar a todos como a nosotros mismos y como nos amó Cristo, haciendo a los demás lo que querríamos que nos hiciesen (23).

— que los pobres son bienaventurados (24)

— que es más difícil que un camello entre por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el reino de los cielos (25).

— que quienes quieren enriquecerse caen en la tentación (26).

— que Dios ha preferido a los pobres de este mundo (27). «Evangelizare pauperibus misit me» (28).

— que debe bastarnos tener qué comer y con qué vestirnos (29).

— que no debemos estar ansiosos por el mañana: cada día tiene bastante con sus propias preocupaciones (30).

— que debemos tener los sentimientos de Cristo que se despojó de sí mismo y tomó estado de siervo (31).

Permitidme que os diga a aquellos de vosotros que procedéis de los países industrializados del hemisferio norte, que es

(21) Gal 3, 26.

(22) Lc 16, 2.

(23) Lc 7, 12.

(24) Mt 5, 3.

(25) Lc 18, 25.

(26) 1 Tim 6, 9.

(27) Jc 2, 5.

(28) Lc 4, 18.

(29) 1 Tim 6, 8.

(30) Mt. 6, 34.

(31) Fil 2, 5-7.

grande vuestra responsabilidad de presentar esta doctrina a una sociedad de cuya actitud y orientaciones depende la suerte de millones de hombres que sufren opresión y miseria. Hay peligro de que una lectura parcial y edulcorada del Evangelio permita creerse en buena conciencia, que se instrumenten los valores evangélicos de libertad, propiedad y progreso para hacer de ellos herramienta de dominio, explotación o servidumbre ajena. Y a los que venís de América Latina, os siento identificados con las inmensas muchedumbres humilladas en su dignidad de personas y privadas de tantas cosas indispensables, a la vista, quizá de una minoría a la que le sobra de todo. América Latina: caleidoscopio de culturas, riquezas y miserias, esperanza y angustia de la Iglesia. No permitáis que al ayudar a que vuestros pueblos consigan aquello de que injustamente carecen, se instrumentalicen unos valores —liberación, igualdad— olvidando otros: fraternidad, paz, trascendencia, y ese valor de la sencillez y la pobreza que hizo de «los pequeños de este mundo» los preferidos de Cristo (32).

Pero vaya por delante el testimonio de todos, contraprueba de vuestra sinceridad y justificación de vuestra libertad de denuncia. Ni ante los opulentos ni ante los indigentes, ni ante los opresores ni ante los oprimidos, ni ante los creyentes ni ante los increyentes, nuestras palabras pueden tener eficacia alguna si la frugalidad de nuestra vida personal no respalda, más allá de cualquier suspicacia y malicia ajena, la doctrina que proclamamos.

Este testimonio habrá que darlo incluso cuando las exigencias de un apostolado auténtico nos exijan estar inmersos en un medio urbano de alto nivel, en un puesto de trabajo remunerado, etc. Circunstancias todas ellas que requieren tanto mayor visibilidad del testimonio de frugalidad y desprendimiento de quien ejerce el apostolado y de las razones por las que lo desarrolla en esa circunstancia: un patente desdén por el dinero y el poder, sencillez en su comida, vestido y medios de transporte.

¿Cómo van a recibir nuestras arengas de justicia si nos ven en un nivel superior al de muchos connacionales nuestros, si

nuestra acción va arropada en privilegios, si nuestras relaciones nos vinculan a los opulentos, los opresores y los dominantes? Y, por otro lado, ¿cómo va a ser reconocido el carácter evangélico de nuestro mensaje de justicia si ponemos en juego la guerrilla o la violencia, azuzando a un radicalismo rebelde o corrompiendo con aportaciones metodológicas o ideológicas ateas nuestra labor de concientización? ¿Cómo se van a convencer de que creemos en lo que predicamos si nos ven cobardes en denunciar evangélicamente las injusticias por miedo a las repercusiones sobre nuestras personas o nuestras obras?

Aquí está, pues, la respuesta a mi pregunta, tal como yo veo las cosas: **el mejor servicio que los religiosos pueden hacer hoy a la humanidad es dar irrefutable testimonio anticonsumista con una vida austera y frugal**, ofreciendo al mundo en nuestra propia persona esa interpretación del Evangelio, auténtica y liberadora, por la que está suspirando. Austeridad, por otra parte, a la que el mundo, si quiere sobrevivir, ha de llegar necesariamente por uno de dos caminos: o el de la fuerza de un estado totalitario de cualquier signo que la impondrá por la fuerza bruta y a costa de la libertad y los más altos valores de la persona —allegando a veces paradójicamente inspirarse para ello en Cristo y su mensaje— o por el camino del amor evangélico en virtud del cual todos aceptemos al sacrificio que exige el bien de todos. Nuestra opción, como religiosos, no ofrece duda. Pero, ¿estamos dispuestos a dar un paso al frente?

Esta frugalidad, de la que ningún religioso o religiosa puede considerarse dispensado, será en muchos casos, desgraciadamente, el único grado posible de solidaridad con los pobres. Por sí mismo es insuficiente. Para que la fuerza de nuestro testimonio como religiosos sea de una eficacia irresistible, se requiere que otros muchos religiosos y religiosas, movidos por el Espíritu se hagan más efectivamente solidarios con los pobres, trabajando directamente entre ellos y para ellos en labores pastorales, asistenciales o de promoción. Ciertamente, más convincentemente y definitivamente es la solidaridad exclusiva y total de cuantos, aislada o institucionalmente, se insertan entre ellos, compartiendo su vida, sus necesidades y sus esperanzas.

(32) Cfr. Mt 11, 25.

La efectiva **solidaridad** del religioso con los verdaderamente pobres, va acompañada de la **soledad** entre los pobres. El religioso siente como suyas y comparte las justas aspiraciones del mundo obrero des-cristianizado, pero, al mismo tiempo, se siente solo al ver que, en cambio, no son comprendidos a veces por el mundo del trabajo sus ideales, sus motivaciones, sus métodos. En el fondo de su alma se encuentra así sumido en soledad completa: necesita de Dios y de su fuerza para poder mantenerse trabajando en la soledad de su solidaridad —solidario, pero solitario— y, en definitiva, incomprendido y solo. Por eso vemos que tantos religiosos y religiosas insertos en el mundo obrero tienen una nueva experiencia de Dios. Encontrándose solos e incomprendidos, su alma está en sazón para recibir la plenitud de Dios. En esta simple experiencia se sienten pequeños y abiertos para apreciar cómo Dios les habla a través de aquellos de quienes se sienten solidarios. Ven que ellos, los marginados, aunque muchas veces no son ni siquiera creyentes, tienen algo divino que decirles a través de su sufrimiento, su opresión, su desamparo. Aquí se entiende la verdadera pobreza: se recobra la conciencia de la propia incapacidad e ignorancia, y se abre el alma para recibir profundísimas lecciones aprendidas en la vida de los pobres, explicadas por Dios a través de esos rostros rudos, de esas vidas semidestruidas. Es un nuevo rostro de Cristo descubierto en «los pequeños» (33).

(33) Mt 25, 46

Un testimonio de vida así es sumamente eficaz, pues, a la larga será imitado, o, al menos comprendido y reconocido por otros. Y es también una aparente antinomia: por una parte se es consciente de la insuficiencia del propio testimonio frente a la magnitud del problema; y, por otra, se está persuadido de que es un testimonio necesario que el Señor nos pide para potenciarlo con su gracia omnipotente.

Reconozco la extremada dificultad de la empresa, y, sin embargo, creo que este Congreso —o mejor, convivencia— es una ocasión privilegiada para reflexionar sobre ello, juntos ante el Señor

Es decisivo que nosotros creamos en la fuerza del Espíritu. Y eso sólo se aprende experimentando interiormente el ímpetu de la «dynamis» de Dios, que arrastra y, sin forzar la libertad, consigue cuanto quiere. Aquella fuerza de la palabra de Dios que no regresa vencida, o como el vendaval de Pentecostés que hizo posible la realización, por parte de pobres pescadores, de un portentoso apostolado entre los poderosos y sabios de la tierra. Eso es lo que hoy necesitamos: religiosos que crean, que tengan esa experiencia de Dios, que actúen valientemente en nombre de Dios conscientes de que la omnipotencia de Dios está con ellos, y no pierden, a pesar de ello, la conciencia de la propia insignificancia.

Este es el servicio que la Iglesia desea de nosotros hoy, y, al mismo tiempo, el comienzo de un nuevo futuro y de una nueva imagen de la vida religiosa. El Señor nos llama, de nosotros depende la respuesta.





"¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor, Jesús el Mes
Por su gran misericordia nos ha hecho nacer de nuevo
para la viva esperanza que nos dio
resucitando de la muerte a Jesús el Mesías..."

1 Pedro 1,3.